

Los colombianitos de la guerra

Les di la mano, tomaron la piel

VARIOS AUTORES

Fundación Fahrenheit 451, Bogotá, 2017, 168 pp.

HAY LIBROS que nunca deberían escribirse por la infamia de los temas que han motivado su creación. Este es uno de ellos. Se titula *Les di la mano, tomaron la piel* y su origen es doloroso: se trata de la recopilación de versos y textos cortos de niños en la guerra en Colombia. La diferencia con otros libros de su estilo es que tanto sus autores como sus historias son completamente reales. No son historias inventadas, basadas *en*, no son ficciones inspiradas *en*... Cada pasaje es algo que vivió un niño en Colombia en medio del conflicto.

El libro tiene su propia historia. Un grupo de estudiantes de Comunicación Social de la Universidad de La Sabana se juntó para emprender un medio de comunicación enfocado en el conflicto armado y los derechos humanos en Colombia. En medio de la exploración, abordando una y otra historia, notaron que el resultado no era lo que buscaban: no querían contar el dolor del otro y en medio de eso caer en una forma de revictimizarlo. El proyecto cambió y se convirtió en la Fundación Huella Indeleble, que quería dar herramientas a víctimas del conflicto para que fueran ellas mismas las que expresaran o encontraran la mejor manera de sobrellevar su dolor.

En el camino, a la iniciativa de los universitarios se unieron la Fundación Fahrenheit 451, dedicada a la formación en creación literaria; la Fundación TyetMujer, que trabaja con mujeres en Colombia, y la Fundación Benposta, dedicada a acoger niños que de una u otra manera han sido víctimas del conflicto armado en Colombia, incluidos aquellos que portaron armas. Con o sin fusil, los niños en la guerra siempre son víctimas de los adultos que los empujan al contexto bélico, sin otra opción más que ser, estar o participar en el fuego cruzado. Aunque las fundaciones tienen orígenes y misiones disímiles, ninguna dudó de la importancia de

enfocarse inicialmente en atender a los niños.

Nunca se pensó en un libro. Las fundaciones asociadas empezaron a reunir a los niños que iban voluntariamente a un aula cada semana con el ánimo de aprender a escribir. Los maestros voluntarios consensuaban temas y métodos de escritura determinados con los estudiantes en cada sesión, y ellos aplicaban lo aprendido en textos que brotaban espontáneamente. Con el tiempo, los maestros empezaron a notar lo ineludible: sin importar cuál fuera el tema, en las palabras y las historias siempre rondaba la guerra como un paisaje de fondo. Fuese el amor, los padres, las mascotas queridas, los juegos de infancia... ahí se veía el recuerdo de la violencia con un brochazo universal.

Con páginas y páginas acumuladas de versos, historias, recuerdos, reflexiones, anécdotas y dibujos, los creadores de la iniciativa vieron la importancia y el valor de lo que habían creado aquellos muchachos que solo querían escribir. Juntos, hacían un libro que, más que cualquier otra cosa y muy a pesar de todo, era necesario. Formaron una línea editorial y, como pudieron, empezaron a gestionar recursos para poder hacer de esas páginas un volumen con lomo impreso. La iniciativa fue reconocida con un estímulo de creación de Idartes en Bogotá y el libro tomó forma.

Divido por temáticas como la familia, el amor, el juego y las mascotas, en el libro los autores cuentan en unas líneas cortas cualquier experiencia, memoria o significado que aquellos conceptos evocan en cada uno. Cada texto muestra una retórica infantil que no es inofensiva y la gramática inimitable del ser niño. Algunos llegan a ser en cierta forma ilegibles o incoherentes, pero cualquiera entiende. La conversación del lector con esta obra se basa, como pasa en la vida real, en una disposición del adulto para entender el mensaje a veces cifrado entre la recursividad del lenguaje con el que los niños adornan por naturaleza sus voces.

Ahí radica un gran valor del libro –si es que la palabra correcta es “valor”–. Aquí no hay rastros de intermedios mayores más que los curadores o quienes presentan el origen de esta

experiencia en páginas previas elaboradas con la racionalidad típica a través de la cual se filtra cualquier cosa que diga la redacción adulta. Todo el contenido es la vívida expresión de un niño en la guerra, escrito por un niño en la guerra. No se trata de un adulto denunciando el tema, no se trata de un adulto dando voz a los que no tienen voz, no se trata de un adulto imaginando la vida de un niño.

Si tanto ha tardado una sociedad como la colombiana para escucharles, si tanto hemos hecho a un lado a los más vulnerables por la obsesión de nuestra guerra, a tal punto que debe existir un libro como este, es sin duda urgente o necesario leer estas páginas. Nunca debieron pasar las cosas infames que hicieron los adultos, la sociedad, el Estado, para permitir o empujar a un niño a que esté o elija estar en la guerra. Si un libro tiene la valentía de darles la voz a esos niños, que son nuestros niños colombianos –juntos como un único bando–, todos los que hacemos parte de la sociedad deberíamos tomarnos la molestia de al menos leer lo que ellos siempre han querido decirnos.

Adrián Atehortúa